



Alejandro
Palomas **Una vida**

DESTINO

Una
vida

Alejandro
Palomas

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1676

© Alejandro Palomas, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.edestino.es

Primera edición: enero de 2025

ISBN: 978-84-233-6673-6

Depósito legal: B. 21.947-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



I

Mamá había dicho que ella misma compraría las flores, pero al final no pudo ser. En cuanto vi su expresión desorientada en la pantalla del teléfono, seguida del primer balbuceo, todo lo demás —los planes de cena en su casa para esa noche y la salida al museo que Silvia había organizado para la mañana siguiente— se esfumó de golpe.

—Ta... ta... ta... rde —empezó, acercándose el móvil a la cara y boqueando como si le faltara el aire. Intentó decir algo más, pero no lo consiguió, y ambos nos quedamos en silencio, arrugada durante unos segundos la placidez de la tarde entre su desconcierto y el mío—. Justo nos pillas entrando por la puerta, Fer. —Ni rastro del tartamudeo. Respiré más tranquilo. Me contó entonces que hacía apenas unos minutos que Emma y ella acababan de descargar el coche delante del portal y que les había tocado subir por la escalera porque para variar el ascensor se había quedado atascado entre el segundo y el tercero.

Entonces se acordó.

—Ay, Fer, me vas a matar —dijo, llevándose la mano a la frente y desapareciendo de la pantalla del teléfono. El gesto me obsequió con un barrido rápido por el techo—. ¡Las flores! ¡Se me han olvidado las

flores! —Enseguida volvió a aparecer, con cara de arrepentida—. Ya sé que me lo has recordado esta mañana, pero es que últimamente no sé dónde tengo la cabeza. En cuanto cuelgue, bajo al quiosco a comprarlas y aprovecho para darle el último paseo a Shirley.

Mamá y las flores. Han sido muchos los episodios de nuestras vidas que podríamos puntear en el álbum familiar con sus ramos. Flores para celebrar, para por si acaso, para tener, regalar, decir, hacerse perdonar...

Las flores siempre. Herencia directa de la abuela Esther.

Entre las excusas de mamá por su descuido se coló la voz amortiguada de Emma. Al fondo me pareció oír también los ladridos de Shirley.

Aunque julio apenas había empezado, el calor era infernal. Enseguida mamá quiso añadir algo, y con su voz renació también el tartamudeo.

—Cu... cu... cu... anda... me... la... laaaa... café... pe... pe... ay... ay... —dijo.

No era ella. Su voz sonó distinta, más aérea. Siguiéron unos segundos de vacío mientras yo intentaba descifrar su mensaje, pero no hubo tiempo para tanto. Extrañada por mi silencio, quiso volver a hablar y el tartamudeo se transformó en un balbuceo espeso y monocorde.

—Caf... fé co... lorado... pum... po... po... ay... Fer... hijo... en coche.

Entonces lo entendí: no era solo un tartamudeo. Mamá hablaba inconexamente, como si de pronto su cerebro se hubiera vuelto incapaz de ordenar las sílabas y persiguiera soluciones a ciegas. Los ojos se movían perdidos contra el teléfono. Los abría y volvía a cerrarlos entre letras, huecos y respiración, como cuando, en los momentos más agudos de los episodios de

desprendimiento de vítreo que había sufrido un par de años atrás, veía pájaros que se movían delante de ella e intentaba cogerlos con las manos mientras decía: «¿Ves? Míralos. ¡Ahí están! ¡Ahí va uno! ¡Mira, mira, en la nevera!».

—Pásame a Emma.

Aproveché para sentarme en el borde de mi mesa de trabajo, buscando donde apoyar el hormigueo de malestar que había empezado a habitar me. En mi cabeza, todas las posibilidades.

Y la urgencia.

La cara de Emma apareció en la pantalla.

—¿Has oído cómo habla? —pregunté, sin tan siquiera saludarla.

Su mirada se ensombreció.

—No —dijo—. Estaba en el descansillo hablando con Rocío, la vecina, por lo de las llaves. —Desvió la mirada hacia lo que debía de ser la terraza—. Hasta donde yo sé, hablaba bien. De hecho, hoy no había quien la callara.

La voz de mamá asaltó entonces el silencio.

—¡Co... co... esper... Shirley... café? —balbuceó con una voz áspera y fea.

Urgencia. Las líneas que surcaron la frente de Emma pusieron la pauta a toda esa disonancia, intentando descifrarla. Había alarma en esa frente. Y confusión. Mucha.

—Ay, no. Otra infección de orina, no —dijo, retirándose un mechón de la cara—. No puede ser, Fer. Otra vez no.

—¡Shir... ley! —gritó mamá desde algún lugar que no pude ver—. Ven a cucu... rrucucú... cu... lo... mami... con café de pa... loma.

Nos miramos. Imaginé a mamá asomada a la terraza,

intentando que Shirley dejara de ladrarles a los chicos del reguetón que se juntaban todas las tardes en los bancos de la plaza y soltaban aquella ristra de cosas sin sentido que sonaba a rap de vieja. Oí voces adolescentes, algo de música enlatada y también el ladrido agudo de Shirley.

—¿Llamo a la ambulancia? —preguntó Emma con voz cansada.

—No. Si vienen los de la ambulancia, terminará en el hospital como la última vez, y ya sabes cómo acabó la cosa. Mejor llévala a la clínica de su mutua. Yo aviso a Silvia.

—Fra... deli... cafete... una y dos... —volvió a sonar la voz de mamá—. Shir... tostado... ra...

—Vale —dijo Emma—. Voy a prepararle la bolsa. Mejor dejo a Shirley con la vecina, ¿te parece?

No tuve tiempo de responder. En ese momento, algo debió de ocurrir junto a la terraza, porque Emma se volvió hacia allí y una nube de ceniza le cubrió la mirada. A partir de entonces, todo transcurrió a cámara lenta. Hubo un grito y enseguida un golpe seco, como si una mesa hubiera volcado, llevándose por delante algo más, quizá una silla. Emma desapareció de la pantalla y todo se volvió oscuro. La voz no. Tampoco el ruido.

—¡Mamá! —la oí gritar al tiempo que los ladridos de Shirley se incorporaban al silencio—. ¡No te muevas!

Silencio. Ladridos. Ruido de algo arrastrándose o de viento o arena.

—Voy a pedir ayuda —dijo Emma—. Mamá, ¿me oyes? Ay, Dios, espera. Apóyate aquí, sí. Ahora te traigo una toalla. Pero no te muevas, por favor. ¿Puedes así? No, mejor apoya primero la espalda en el sofá y

luego intenta incorporarte. Eso es, sí. Vale. Quédate aquí. Voy a por gasas y Betadine. ¿Dónde tienes las gasas?

Unos pasos rápidos y amortiguados, cada vez más cercanos. Por fin la cara de Emma en la oscuridad de la pantalla, ocupándola entera.

—Se ha caído, Fer —dijo, casi sin aire—. Llama a una ambulancia.

Después nada. Silencio. Fundido a negro.

2

—¿Mamá, quieres hacer el favor de bajar el volumen para hablar conmigo? Si tengo que volver a pedírtelo, te juro que te cuelgo.

Un suspiro de fastidio.

—Ay, Fer.

—No. «Hay, Fer» no, mamá. Es que siempre estás igual.

—Mshsmshsmhsmshh.

—Y no comas, que no te entiendo.

Tardó unos segundos en volver a hablar. Cuando lo hizo, aún tenía la boca medio llena.

—Ay, Di... Dios, hijo, cómotegrmmrnrnpones. Es que... Mshehshhhgrfñ. Me acaban de servir el des... ayu... yu... no y si no me doy prisa se... seguro que entra la enfermera chi... chi... na y me... me... loooooo quita.

—La auxiliar no es china, mamá. Es coreana, pero nacida aquí, ya te lo he dicho —la corrigió la voz de Silvia desde algún lugar de la habitación.

—¿Co... co... co...? —preguntó ella, desistiendo de redondear la pregunta. Y luego—: Nooooo. Es china de verdad. Por eso camí... na... na... na así, con las pa... patitas abiertas. Mauro dice que es porque de pe... queñas les ponen pa... pañales de bambú, de esos gordotes que les queman los muslitos por dentro y se...

—No digas burradas —la cortó Silvia—. En cuanto cuelgues te tomo la temperatura.

Me tapé la boca con la mano para que mamá no me oyera reírme. Al otro lado de la ventana, el sol de mediodía caía a plomo sobre los campos y un viento de poniente rasuraba las balas de paja, levantando remolinos de polvo. Un calor endemoniado lo cubría todo.

Tras el ingreso de mamá en urgencias, había seguido el protocolo de costumbre: vía, pulsera, camilla, fiebre muy alta, episodios de tartamudez y delirio, balbuceos, confusión de palabras —*cafetera* por *camilla*, *mediana* por *marrana*— y una larga lista de etcéteras que Emma había manejado con su infinita paciencia, a la espera del consabido análisis de orina y de la asignación de habitación.

—Le han dado antibiótico y un lorazepam y se ha quedado dormida —había terminado—. No entiendo cómo no se ha roto nada, aunque mañana empezarán a salirle los moratones. La doctora que la ha visto en urgencias le ha mandado hacer algunas pruebas.

—¿Pruebas? ¿Para qué?

—Según ha visto en su historial, toca actualizar el TAC craneal y quiere hacerle un par de ecografías y una placa. Las han programado para mañana a primera hora. Seguramente ya estará Silvia con ella.

Hospitales. Pruebas. Lenguaje médico.

Las infecciones de orina: el gran talón de Aquiles de mamá. Habían empezado de a poco, anunciándose con síntomas que, con el paso del tiempo, habíamos aprendido a reconocer: una fiebre silenciosa y repentina que la quemaba por dentro, a menudo llevándola al delirio, incontinencia, diarrea, olor fuerte en la orina... El patrón variaba poco y el protocolo era siempre el mismo: urgencias, ingreso y, tras un mínimo de tres

días en planta, otros tantos de reposo —normalmente en el campo, en casa de Emma— y vuelta a empezar. Al principio las infecciones habían sido leves, pero las cosas no habían tardado en complicarse, especialmente durante el primer confinamiento de la pandemia. Decidimos entonces aumentar las dosis de cualquier preventivo que tuviéramos a mano: cápsulas de arándanos, litros de agua, infusiones varias y la medicación habitual...

La última infección había ocurrido hacía más de un mes, a mediados de mayo. El urólogo había propuesto un nuevo antibiótico. «Funciona en el ochenta por ciento de los casos —nos tranquilizó—. Por fin vais a poder tomaros un descanso.»

Le creímos y nos relajamos, convencidos de que nos esperaba un verano sin hospitales y de que por fin íbamos a tomarnos unas pequeñas vacaciones de todo lo que arrastrábamos, pandemia incluida. Pero nos equivocamos, sobre todo Emma, que, confiada como era, había cometido el error de llevarse a mamá un par de semanas a su casa y, al poco de tenerla instalada con ella en el campo, me había llamado pidiendo socorro.

Como de costumbre, no había contado con que, aun en estado de reposo, mamá no descansaba. No quise recordarle que yo ya la había prevenido en su momento y que ella no había querido escucharme.

—Estaremos bien —me había dicho días antes, cuando yo sugerí que quizá le convenía quedarse sola y aprovechar esas dos semanas para descansar—. Le vendrá bien el campo, Fer —se empeñó—. Ya verás, la pondré a barnizar puertas y a ordenar armarios, así que estará encantada. Va a tener tantas agujetas que no le van a quedar ganas de hacer de las suyas —me aseguró, casi como si intentara convencerse a sí mis-

ma—. Ni te imaginas cómo lo han dejado todo los pintores. Hay polvo hasta en el congelador. Encima, ayer Magalí me dijo que ha visto un par de nidos de oruga en los pinos.

Cuando le conté a Silvia que mamá estaba haciendo de las suyas en casa de Emma, puso cara de esto-yo-ya-lo-he-dicho-mil-veces y se limitó a comentar:

—Si es que son tal para cual. —Luego sacó el humo del cigarrillo por la nariz y añadió—: Como dos niñas pequeñas, no hay más que verlas.

No le faltaba razón. Desde que la salud de mamá había empezado a fallar, Emma y ella conspiraban en secreto. Emma era para mamá la personificación de EL RECREO, así, en neón. El recreo incluía meriendas con sobredosis de chocolate, salidas entre semana al cine precedidas por un buen atracón de pizza y alguna cerveza y escapadas al circuito de mercadillos que Emma podría haber recorrido a ciegas, de los que volvían cargadas con toda suerte de bragas, sartenes y *gadgets* en superoferta. Entre ellos, una lamparita de noche que se encendía al menor movimiento para que mamá no se desorientara cuando se levantaba de madrugada con ganas de ir al baño y que Shirley se comió en cuanto pudo hincarle el diente.

Silvia tenía razón. Eran tal para cual.

En los últimos tiempos, esa complicidad entre ellas había ido a más. La Amalia pospandemia no era la misma. Mamá parecía más frágil, había en ella algo que antes no estaba ahí. Se desorientaba a veces, inmersa de pronto en pequeñas lagunas de memoria y cambios de humor que habíamos empezado a vigilar de cerca, pero que desaparecían al poco tiempo, dejando nada tras de sí.

Espejismos. Destellos de cosas que nos confundían y nos atemorizaban a la vez.

—Ay, Fer —había dicho Emma al teléfono esa tarde después de quejarse de la dislocada hiperactividad de mamá—. Es que a veces me saca un poco de quicio, y luego me siento tan culpable por haberle hablado así, tan mal...

Aunque atrás habían quedado mascarillas, confinamientos, estadísticas y cifras de muertos, apenas empezábamos a entender que no éramos capaces de poner nombre a lo que habíamos vivido, porque no había un nombre que pudiera englobarlo entero. Los dos años de pandemia habían exigido más de lo que nos creíamos capaces de dar y la resaca estaba dejando al retirarse un caos de dolor, preguntas y agotamiento. Ese momento era: el que sigue al naufragio cuando en la playa quedan restos de lo que hubo, ninguno entero.

De nosotros, quien peor lidiaba con aquella resaca era Emma. Aunque se quejaba poco, no había más que verla para entender que el desgaste de los dos últimos años en el instituto había grabado en ella una huella que iba a costar borrar. Más abandonada en general, llevaba el pelo rubio lleno de canas y cortado de cualquier manera, reseca la piel, había engordado y a su alrededor todo parecía a medio hacer o a medio terminar. Pero había más: la pandemia nos había dejado en herencia a una Emma menos suave y paciente a la que en ocasiones nos costaba reconocer: se irritaba con facilidad en situaciones y contextos en los que antes era seda pura y a veces parecía contener justo a tiempo una rabia inédita y sorda contra todo que nunca había estado ahí.

Incluso contra mamá, quien, en su aparente des-piste, la leía en silencio.

—Esta niña no está bien —dejaba caer en cuanto me tenía a tiro después de haber sufrido uno de esos episodios—. No sabes cómo se ha puesto esta tarde cuando me he perdido y me he equivocado de tren. Como un dragón. Casi peor que Silvia, que ya es decir.

Pinceladas, esas señales sincopadas que sin querer vamos repartiendo cuando algo pesa y lo hace durante demasiado tiempo. Emma estaba distinta, todos lo estábamos después de lo vivido, y eso era la normalidad. Lo es todavía.

Poco imaginábamos entonces que, en su caso, la señal apuntaba a algo más concreto, una verdad que estaba ahí, a la vista, desarmando a Emma como se desarma un reloj atascado sobre la mesa de una cocina, pero que ninguno de nosotros supo entender a tiempo.